

CEMENTO DIAMANTE

EL MAS ANTIGUO Y ACREDITADO CEMENTO
NACIONAL

Compañía de Cemento Portland Diamante

Fábricas en Apulo (Cundinamarca), Bucaramanga
(Santander)

Oficinas en Bogotá: carrera 8ª N° 12-23. Tel. N° 3474.
Telegramas: DIACEMENTO.

Dambo y Cia.

Carrera 7a. Calle 12

Artículos Finos

para Regalo

Perfumeria

Tarifa reducida en el servicio postal interior.—Licencia número 118.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos
pertenece al autor.

La colaboración para esta Revista
es rigurosamente solicitada.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza. — Administración: José María Chaves.

Volumen XXXIX — Bogotá, abril y mayo de 1944. — Nos. 379 y 380.

EXALTACION DEL LIBRO

Por ANTONIO ROCHA

Hablar del libro a sus amigos apasionados es tarea sumamente grata y fácil, por lo que temo que las palabras fluyan tan sueltamente, que excedan los términos de la paciencia. Para algunos pudiera parecer puramente oficiosa la intervención del Ministro de la Educación, por considerarla simple motivo ornamental, traído con el mero objeto de procurar cierto vistoso realce y algún brillo teatral a los días dedicados, y oficialmente, a la pública exaltación de estos maravillosos seres que van con el hombre a lo largo de su vida espiritual y cultural. Confieso que así, como elemento de espectáculo y vistoso arreo, no me conmueve demasiado el honor, y en verdad hubiese permanecido silencioso si no fuera porque campean algunas buenas razones para sentir esta obligación oficial como una tarea impuesta por la sensibilidad a el corazón cuando contemplo las bibliotecas de algunos amigos míos de suma erudición y refinadísimo buen gusto, me ha desvelado en muchas ocasiones. Y además he querido acometer el tema porque ciertos motivos de naturaleza política soli-

citan mi voluntad a procurar la mayor exaltación del libro, según lo diré más adelante.

En realidad de verdad, bibliotecas y librerías constituyen una especie de universidad ubicua y multiforme, de incalculable eficacia y de maravillosos recursos. Puesta la mano en el corazón y apelando a la fiel memoria de lo que todos hemos sido, tendremos que confesar que lo que hay de mejor en nuestro entendimiento y en nuestros conocimientos, en cuanto orientaron nuestra actividad investigadora y dieron fuerza a nuestra curiosidad, se origina de libros leídos con absoluta independencia, con alegre voluntad espontánea. Nuestro caudal literario, filosófico, histórico, ha brotado de ese diálogo tácito y elocuente que entabla el buen lector con su libro favorito. El aprendizaje escolar y universitario es valioso y quizás indispensable, pero nunca tanto ni tan bueno como el logrado en lecturas que robaron al sueño su tiempo o que contrariaron al estudio forzoso su fría imposición. Fugaz y poco es el saber aprendido, a no ser en los casos excepcionales en que el maestro posee condiciones insignes de alma, es decir cuando está dotado de un verdadero genio pedagógico, de un poder anímico capaz de iluminarnos la inteligencia por habérnosla contagiado de entusiasmo. Hombres así son sobremanera escasos. En cambio el libro leído con espontaneidad, buscado con afán, logrado con esfuerzo y comprendido con amor, tiene la virtud realmente mágica de desatar nuestras potencias espirituales y poner en juego las energías creadoras que están latentes en el espíritu de la mayor parte de los hombres. Bien pocos son los que aprendieron a cabalidad la lección exigida, y rara vez nuestras ideas se despertaron con júbilo en el seno de la fantasía, cuando la cátedra se reducía a una disciplina áspera y seca en la que nuestro ser íntimo jamás tomaba parte alguna. Bien al contrario, en todos nosotros está fresca y permanente la memoria de los libros leídos a hurto, escapados a la vigilancia inexorable de profesores y bedeles. La novela leída con emoción intensa; la biografía devorada bajo la cubierta del pupitre,alzada en ángulo de generosa complicidad; los poemas y

prosas líricas leídos a compás del corazón acelerado, todo ello es lo que forma el fundamento de nuestra vida espiritual, según podéis comprobarlo mediante honrada introspección en cada uno de vosotros. Y es porque no se recuerda sino lo que se ama, y no se ama sino aquello que, con placer o dolor, fue creado por nosotros mismos. El mundo ilusorio urdido por la doble fantasía de autores y lectores sigue siendo —al menos en la esfera del alma— el más verdaderamente real y mejor de los mundos posibles. Allí nuestro ser más sincero se halla instalado definitivamente, ya que uno no es sino el producto madurado, y desgraciadamente tardío, de los ensueños de la niñez y de la adolescencia.

Las librerías y las bibliotecas enseñan, por así decirlo, automáticamente, como quiera que fijan y precisan la verdadera vocación y la capacidad espiritual de la persona. Uno es el libro que prefiere, es lo que su libro favorito es. Y luego que la simple compra de una obra es de suyo una confesión, un modo de manifestarse al desnudo esa inconciencia profunda y complicada, que tan difícilmente se deja interpretar con lenguaje claro. El mero acto de comprar suscita nuestro interés, lanza a la resolución la voluntad temblorosa, contradice nuestra codicia ingénita y nos infunde ese saber heroico que es la experiencia del sacrificio que supone el determinarse resueltamente por algo. Puede, es verdad, llegarse a un triste engaño al creer que un libro ha de darnos aquello que nos falta y que nuestra inquietud anda buscando. Mas, esa creencia momentánea tiene de suyo un valor catártico, eficaz y saludable, análogo al que se cumple —según las enseñanzas de los antiguos griegos— al asistir en el teatro a la representación de los grandes dramas y tragedias.

Que ello es así como lo digo lo demuestra el hecho ejemplar de que en Colombia, cuando no en el mundo entero, los hombres más sobresalientes por su saber y por su inteligencia fueron autodidactos. La lectura apasionada corrige el forzoso engaño de las universidades, en aquella su lamentable función que ejercen de calificar de doctores a los hombres que obede-

cieron pasivamente sus mandatos. Si fuere posible convertir las universidades en grandes y espléndidos centros de lectura; si los institutos docentes fueran en su mayor parte órgano de excitación y aun de complicidad de aquella fiebre de curiosidad que tanto nos agitó la niñez; si, pues, buscáramos la manera de que los estudiantes diesen de su entraña a luz el mundo, aun para destruirlo al día siguiente, es probable que la cultura recibiría un impulso de vuelo realmente poderoso. Aún más: si para esa experiencia, casi seguramente afortunada, hubiera necesidad de buscar los estímulos de la prohibición y del castigo, podríamos llegar hasta el punto de fomentar la ilustre pasión de la lectura, fingiéndola peligrosa y maligna. Y esto lo digo recordando el intenso deleite con que leemos los libros ajenos, las obras que el amigo cordial no nos entregó sino después de fruncir violentamente el ceño y de ensayar todos los recursos de una dialéctica que tendía a demostrar la imposibilidad de entregarnos una obra que nos haría perjuicio.

Sí, yo hago de buena fe la apología del libro. Acaso también porque es fácil adivinar, a través del semblante de esos seres amables y maravillosos, un alma demoníaca y pérfida. El libro es la lámpara de Aladino, es el último disfraz que el hábil Luzbel tejió para ocultar su rostro de arcanas intenciones. Como cerebros embalsamados, allí están en el panteón de las bibliotecas, irradiando una magia peligrosa, un hechizo no menos mortal que el de la belleza femenina. Parece que pronuncian las palabras sagaces de tentación con que Satán quiso vencer a Cristo: "todo lo que aquí veis es vuestro"; todo lo que la inteligencia iluminó, lo que el ingenio penetró, lo que el esfuerzo acumuló; todo el espíritu como réplica de la naturaleza, ahí está en ellas íntegramente contenido, ofreciéndose a la menor solicitud nuestra. La ilusión, como toda tentación, se hace irresistible, con grande daño del alma. Porque ¡qué mayor delicia que ver cómo a un simple gesto de la mano los genios se llegan obedientes a satisfacer nuestra hambre de sabiduría! Mas, porque la ciencia, así en la lectura como en el paraíso, parece dárse nos sin esfuerzo y con delicia, la voluntad declina y se ablan-

da, la inteligencia se hace puramente especulativa, los instintos vitales más enérgicos pierden en ese hechizo su vigor por falta de disciplina y lucha. Hipnotizada por ese influjo sugestivo, el alma se escapa en busca de aventuras, creyendo hacerse dueña de lo que el espíritu, con esfuerzo de siglos y labor congojosa, pudo alcanzar. Uno, como lector, llega a creer buena mente que las ideas más ilustres y los más complejos conocimientos son suyos. Y no lo son, porque, digo de nuevo, nada es nuestro que no haya sido creado por nosotros mismos. Fue ese exquisito bibliógrafo Anatole France quien llamó al libro "el opio de occidente".

Mas ello fuera poco si no ocurriese que en la edad moderna el libro se ha convertido en el sucedáneo y más hábil rival de la mujer. El verdadero bibliófilo es un hombre que ha depositado toda su capacidad emocional, todo su interés y aun sus vitales impulsos en el libro, quitándole, de esta suerte, al mundo femenino su prestigio. Tal vez sea ésta la verdadera razón de por qué la mujer no ama los libros de los hombres que la aman, y ve en ellos los émulos de su gracia, y teme con razón su poderosa fuerza neutralizadora.

El hecho es que poco ama el que mucho lee y los placeres del cerebro los paga el corazón. Y lo propio ocurre en otras esferas de la vida afectiva. También el apasionamiento que desata los procesos revolucionarios sociales y políticos y aun los que se cumplen en el campo de la ciencia y de la filosofía, va perdiendo energía en la medida que el libro despierta las facultades críticas y nos infiltra el escepticismo y la indiferencia desdeñosa por las tempestades de la pasión y la creencia.

Yo no sé desde cuándo se cumplió este milagro, aún no clasificado y definido, que fue la conversión del libro en ser orgánico. Acaso fue desde aquella infausta y graciosa hora en que el famoso aprendiz de mago resolvió pronunciar sus conjuros olvidando la fórmula para detener las fuerzas terribles y estupendas que sus palabras inocentes desataran. Probablemente, al irse sedimentando en las páginas inertes la inmensa suma de pasión, de curiosidad, de rebeldía orgullosa que el es-

píritu humano irradia de sí como el fuego lumbre; o bien porque el corazón al inclinarse fue vertiendo sus esencias en esas breves ánforas que son las palabras, el hecho es, como todos vosotros lo habéis experimentado, que el libro es ya un ser viviente, demoníaco y casi humano, y forma una especie biológica, que los naturalistas se han olvidado de nombrar.

Como todos los objetos del cariño, el libro se nos hace de pronto avasallador y absorbente. De la breve estantería en que tenían ordenado y fácil asilo, comienzan a poco a desbordarse en penetración conquistadora, devorando el espacio, y apretando a su dueño y amigo hasta arrebatarse todo lugar de expansión y movimiento. Uno quisiera desesperadamente detener ese empuje implacable y desordenado, imponerle alguna breve simetría, un riguroso turno de audiencia, para poder escucharles sus voces graves o agudas, sus enseñanzas, sus lirismos, sus pérfidas incitaciones a la duda, sus infinitivas músicas, sus confidencias estupendas, sus noticias indiscretas. Cuántas veces vosotros habéis visto levantarse sus cuerpos magros, revestidos de malas cubiertas mendicantes o de espléndida pompa cardenalicia, y llenar con su algarazara tremenda el espíritu, poniendo en fuga la poca paz que nos dan algunas creencias necesarias y algunas nociones ingenuas, que nos resguardan de la angustia y del orgullo! Pero ¿quién querría apaciguar ni silenciar esas voces queridas? ¿Qué nos importa que nos pueblen el entendimiento de teorías absurdas, de polémicas infatigables, de imágenes de desconcertante asimetría? ¿Qué nos importa que nos devoren el espacio y nos consuman el tiempo y adelgacen nuestra voluntad y desconcierten nuestro sentimiento, si el amor que nos inspiran todo lo suple y llena, todo lo contrarresta, y da por bien servido, a cambio de la delicia de su compañía y de su gracia encantadora, que nos hacen sentir por un instante incorpóreos y plenos? Yo comprendo muy bien el fanatismo de los adoradores de esa divinidad ubicua y multiforme, hija primogénita del fuego. Comprendo a esos bibliófilos amantísimos, que tras de perseguir con infinito celo y paciencia de cazador la obra rara o preciosa, no quisieron violen-

tarla leyéndola, sino que únicamente, con el respeto del devoto, se acercan al libro favorito para adorar la elegancia de los estampados, la exacta forma de las impresiones, y las capitales y mayúsculas, colofones y viñetas, fechas de origen y pies de imprenta que atestiguan la procedencia antigua y famosa, y la finura del papel y los generosos márgenes, y muchas más cosas que ellos buscan con morboso deleite. Yo comprendo esa pasión de los grandes gustadores y de los grandes eruditos por acumular junto a sí colonias enteras de esos seres en que se ha encarnado el espléndido Mefisto, que por el mero precio de nuestra alma conduce al hombre a la contemplación del rostro de la perfecta Helena.

Hoy, sólo con esfuerzo violento, mediante una contorsión brusca, que nos permite saltar un instante fuera de este mundo social rebajado y apático, nos es posible entender —ya que no participar— de esos estados de alma en que, por ejemplo, en las épocas del renacimiento y del barroco, llegó la fina Europa a dar caracteres de rito a las artes de la bibliología. Fue en aquellos tiempos y en aquellas sociedades, en que la sensibilidad llegó a espiritualizarse, hasta el punto de suplantar las formas del pensamiento y de la dialéctica, cuando la bibliografía y la lectura constituyeron un arte excelso. Porque lo que la pintura del paisaje y la bebida del té han sido para los orientales, eso fue la amistad por los libros en las cortes de los grandes señores y prelados renacentistas y barrocos.

Y a este propósito séame permitido lamentar el desamparo y decadencia que ha venido sufriendo el arte de la encuadernación y el de las ediciones impecables. Desde hace un tiempo el libro ruinmente editado y groseramente presentado tiene un primer lugar en bibliotecas y librerías. Del esplendor de las ediciones antiguas, casi nada queda ya. Los encuadernadores dejaron de ser artistas, si no son unos pocos que viven escondidos en las grandes ciudades, como depositarios de una tradición casi extinta. Qué le vamos a hacer! En un tiempo en que la cantidad domina como suprema categoría del pensamiento, no es posible pretender que reine y luzca lo puramente cualitativo.

Sin embargo, un público amante de lo bello desalojaría, por el solo hecho de su preferencia, ese espectro de lo plebeyo y sórdido, que parece haberse instalado en las casas editoriales de los grandes centros de publicación. Los editores están obligados a cumplir la misión de educar a un mismo tiempo la inteligencia y la sensibilidad de los lectores. Se hace necesario emprender una campaña valerosa y tenaz para educar a un público que ha perdido el sentido de los valores estéticos.

Pienso que parte considerable en esta caída a planos de bajeza a que ha llegado la sociedad contemporánea y de que con tanta razón se quejan los maestros, tiene su causa en la ordinariéz de las ediciones que inundan el mercado de libros con obras de total ruindad estética. La sordidez imperante nos ha hecho el vivir duro y áspero, de manera que debemos esforzarnos por adquirir aquellas experiencias de la sensibilidad educada y del buen gusto, únicas que dulcifican, ablandan y atemperan las relaciones de esa especie ingénitamente feroz que son los hombres.

En una cruzada contra la estupidez de los sentidos, los gobiernos hallarían su más alta razón para justificar su paso por el poder y por la historia. En realidad, los adelantos puramente materiales, aunque benéficos, no son en modo alguno el mayor bien a que aspiran los hombres. Maestros de penetrante y de esclarecido criterio, afirman que las grandes épocas de la humanidad son aquellas que tienen por nota diferencial el refinamiento. Lo mejor de la inteligencia es su esplendor, y así, los tiempos de cálculo, las épocas fuertes pero grises, no cuentan entre las supremas. Por ello me parece que sería una política de genuina elevación aquella que tendiera a despertar en las gentes una sensibilidad. Lo demás nos será dado por añadidura. Porque si tenemos la alegría; si logramos el júbilo de los sentidos, ¿qué más podemos desear en nuestro paso por esta tierra fatigosa? Mas todo lo grande puede tener y tuvo siempre pequeños y sencillos comienzos. Cuán fácil sería producir una generación de nobles gustos si desde la primera niñez pudiésemos enderezar las sensaciones del niño hacia experiencias

y hábitos de naturaleza artística. Y como el libro es de fácil adquisición, y poco más cuesta cuando está bellamente escrito o imaginado que cuando se expresa en un lenguaje ingrato, mediante el contacto con las ediciones de buen gusto llegaríamos con poco esfuerzo si no a formar las almas al menos si despertar en ellas una conciencia estética capaz de transformar el medio en algo mucho más digno de vivirse.

Por otra parte, la suerte de la cultura depende en gran manera de nuestra experiencia con los libros, de modo que los libreros tienen sobre sí una grave responsabilidad. En esa selva de los libros es fácil perderse sin un guía inteligente y discreto que pueda orientar al público y le impida gastarse en inútiles curiosidades. El librero debiera ser, en lo posible, si se me permite la expresión, un erudito profesional, una inteligencia amiga, no un simple hombre de negocios. Por fortuna la vieja tradición santaferreña encomendó ese mercado a hombres no sólo ilustrados sino también doctísimos y de primera categoría social. Fue entonces cuando florecieron en la ciudad las bibliotecas escogidas, que aun hoy son objeto de codicia por los que saben de estas cosas. Quizás entonces la ciudad sentía que toda su vida espiritual, con excepción de la religiosa, tendría por fuerza que desarrollarse en el campo de la literatura. Recordemos que las letras han sido para nosotros los colombianos, además de instrumento poético, filosófico o científico, la única materia plástica y la única zona en que han tenido ser las artes de la música y la pintura, principalmente en lo que dice a los retratos y a los paisajes. Y como la urbe sencilla carecía de monumentos arquitectónicos famosos por su magnificencia o su belleza, el alma bogotana se vio obligada a construir en letras lo que no pudo hacer en piedras, y a suplir con el lenguaje estilizado y áureo lo que no tuvo en ornamentos, oro y tallas. La imaginación de los escritores y poetas y la no menos fecunda de los lectores apasionados, edificaron maravillas, de manera que sobre el monótono paisaje capitalino erigieron los sueños sus fábricas grandiosas y pudo vivir la ciudad días de esplendor, como si hubiese sido romana o bizantina.

Os decía que un interés político fundamental mueve al gobierno en esto de fomentar el comercio de los libros. Acaso sea el instinto de conservación, tan agudo y clamante en la inminencia de los peligros mortales, lo que se agita en nuestro espíritu y lo impulsa a moverse en direcciones muy diversas y lanzarse a empresas ilusorias o ideales, para ver de mantenerse íntegro y fuerte. En este momento actual del mundo, la libertad individual está amenazada por fuerzas e intereses tan enormes que no sería imposible que padeciera un eclipse parcial y de amarga duración.

Es posible que las nuevas formas de agrupación social sean muy superiores en eficacia y armonía a las que hasta hoy hemos conocido y experimentado. Es probable que recibamos enormes beneficios de esa transformación. Pero quizás porque es imposible querer ser otro de lo que se fue cuando se era niño, yo siento con todos los de mi generación que la vida sin la libertad interior es fatiga angustiosa. Y luego que uno ama mucho más de lo que ingenuamente cree al partido político a que se agregó por exigencia de sus afinidades electivas. Aun admitiendo por excelentes y óptimos los tipos de constitución política que se avecinan, nuestro corazón quedará siempre al margen de esas determinaciones racionales, inconforme, resistido, nostálgico de su mundo en que creció y se agitó.

Pues bien, hay uno en que la libertad tiene asilo, un lugar suyo poblado de todas las cosas que necesita para subsistir y para gozar. Es el libro. Notemos que una misma voz latina nombra el libro y la libertad, como si ya desde siglos se hubiese conocido ese carácter admirable, que es advertencia y profecía y consuelo de nuestra personalidad desconcertada. Como el libro es un puente entre el mundo de la realidad exterior y el de la intimidad; como posee esa maravillosa naturaleza dual que por una cara pertenece a la materia y por otra se asoma a los abismos del alma; como es algo que está entre el ser y el no ser, como está hecho de inercia y fábula, presta al hombre un amparo inexpugnable, de manera que en él nuestra personalidad puede resguardarse, ya que si el mundo la aprieta ella entonces

puede adentrarse en zonas ideales; y si las ideas la atosigan y muerden, y la persiguen con amenazas de angustia o de duda, puede sencillamente valerse de las cualidades, variables hasta lo infinito, que tiene el libro y huir de sí misma metiéndose dentro de páginas escépticas o jubilosas o sedantes, en tanto que haya ocasión y ejercicio de lecturas espontáneas donde uno pueda hallar lo que prefiere o lo que anhela y poner en tela de juicio las opiniones imperantes; mientras uno pueda huir de la torpeza del medio para entrar en diálogo con los sabios y los poetas, nada nos habrá afectado profunda y verdaderamente. La libertad no morirá ni perderá su fuerza en tanto el libro exista. Si los partidos que representan esa tendencia espiritual se vieran amenazados, porque así lo quiera el nuevo orden del mundo, las bibliotecas realizarán la función política y mantendrán íntegras las conquistas alcanzadas por los partidos tradicionales.

ACABA DE APARECER:

RAFAEL MAYA

CONSIDERACIONES CRITICAS SOBRE LA LITERATURA COLOMBIANA

Valor del ejemplar\$ 1,50

Por correo " 1,70

EDITORES Y DISTRIBUIDORES:

LIBRERIA VOLUNTAD

Bogotá — Medellín.

